

INVERNAL VIA MAILLY (MIDI D'OSSAU)

JOSE M. MUGICA



Mis manos rodean un vaso de leche caliente, que bebo ávido para calentar el estómago. Las tres horas y media de andar de noche, desde Formigal hasta el refugio de Pombie, en un mundo silencioso, teniendo por compañía la nieve, la luna y mi compañero Joseba, bien merecían saborear el preciado líquido.

Dejamos el material y la comida de pared preparado para el día siguiente y... a dormir; tenemos literas a elegir y cuantas mantas queramos, pues somos los únicos habitantes del refugio.

Antes de dormirme pienso en ese maravilloso día que tantas y tantas veces he soñado y comentado con mi amigo y que dentro de cuatro horas llegará y formará parte de nosotros. Os lo voy a contar tal como fue.

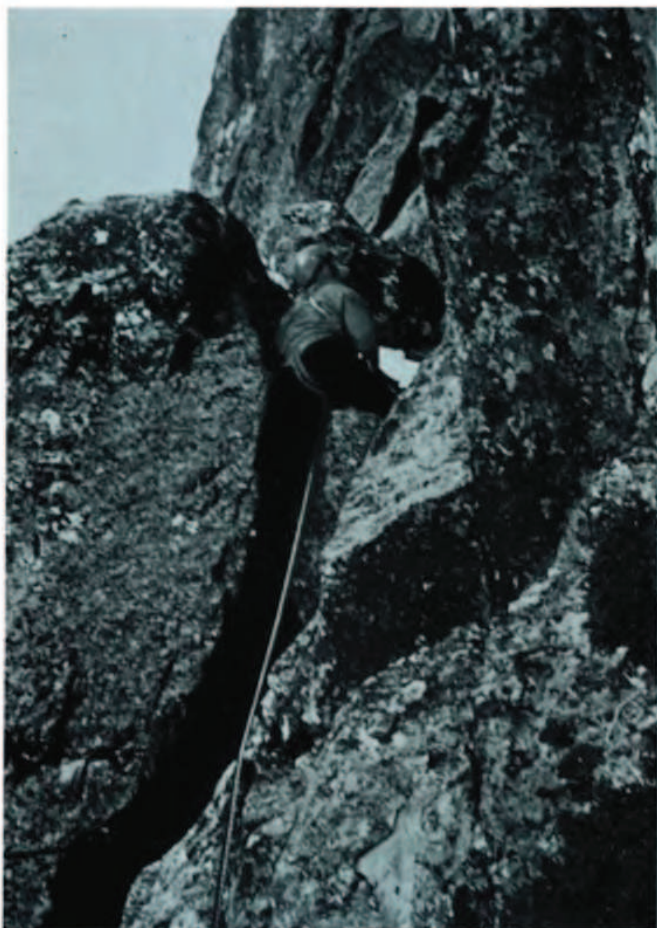
25 de enero. Nos levantamos a las ocho de la mañana y salimos del refugio. Nuestra intención es escalar este invierno la vía Jolly, pero en contra de nuestros pronósticos, vemos en la chimenea gris el asunto muy negro, sobre todo en su salida, pues cuelgan unos chupetones de hielo que no nos esperábamos y que nos obligan a cambiar nuestros planes.

Lo pensamos un rato y casi a la vez decidimos intentar la vía Mailly. Se veía bastante limpia de hielo, pero dentro de ella..., en fin, no sé si fue peor el remedio que..., lo que sí puedo decir es que mereció la pena.

Llegamos a la base a las nueve de la mañana, ésta se halla cinco metros más alta que en verano, pues la nieve parece querer trepar por estas lisas rocas de granito

Inicia Joseba el primer largo sobre bloques atléticos y libres. Al remontar uno de ellos, me dice que hay una placa de hielo (las que nos harán compañía en toda la escalada). Pasa y llega a la reunión. Le sigo y en la superación del bloque, me encuentro conque el hielo tapa las presas que hay en verano, paso por oposición y llego donde mi compañero. Una palmadita en la espalda y, a continuación, la mochila también se la pongo en la espalda. ¡Gracioso el niño, eh!...

Comienzo el segundo largo, sostenido y de dificultad superior. Cuarenta metros de cuerda, en diagonal ascendente a la derecha y sin ningún clavo. Por más que miro no veo grieta alguna donde hacer sonar unos martillazos. A medida que avanzo pienso en algún trapiés o despiste. Los dos volaríamos hacia la Gran Pedrera, como pájaros pero sin alas. Llega Joseba donde mí y hacemos un plan de ataque. Los próximos cincuenta metros son los más duros de la escalada y yo me encargo de los primeros veinte. El resto lo hará él por un diedro extraplomado y artificial al que sigue otro diedro en libre, fino y expuesto.



Comienzo por una fisura en libre, a la que cuesta un poco entrar por la escasez de agarres, y a medio camino me encuentro con la «agradable» sorpresa de una placa de hielo vítreo, que tapa las presas, que me invita a un arriesgado paso. Joseba se interesa por mi progresión, preguntando a ver qué tal está el asunto. Le contesto que ya empieza a haber «ambientillo» y me entiende perfectamente. Se me une Joseba y se mete en el diedro artificial y extraplomado. Suda, resopla, pateo, sale del diedro y llega hasta un taco podrido. Mete uno nuevo y prosigue por el otro diedro en libre. Le digo si hay «ambientillo» y me manda a hacer puñetas. Al fin llega a la reunión, una cómoda plataforma con su clavo y todo.

Comienzo este largo, bastante desagradable, pero me he dejado un estribo en el extraplomo, y me apaño como puedo para alcanzar a fuerza de brazo el ansiado estribo, con mi mochila a la espalda, que no me deja salir del estrecho diedro. Cuando me doy cuenta que del verano a ahora han desaparecido algún clavo y taco que son poco menos que indispensables en este tramo de pared, pienso en los malos ratos que se ha pasado mi compañero yendo de primero. Llego adonde él, y sigue una chimenea de 50 metros, en conjunto. IV, IV sup. y V.º, todo en libre. Joseba ha bregado mucho en el largo anterior y toda la chimenea corre de mi cuenta. Comienzo la chimenea IV y IV sup. en la que tengo que hacer reunión poco más arriba de su mitad, pues la cuerda no da más. Oposición de piernas y tronco. Llego al primer extraplomo, y... ¡hala, placa de hielo que te crió!; una suela de la bota en la pared izquierda, y la otra en la derecha, y con las manos agárrate a la boina, pero no se te ocurra tocar el hielo porque se va encima de Joseba. Paso a tientas, procurando no tocar el hielo desprendido, y hago algo parecido a una reunión en posición precaria.

De repente, un ruido. Un pedazo de hielo se ha desprendido por el roce de la cuerda. «¿Joseba, estás bien?...». «Si no me agacho me...», contesta con temblorosa voz. Cuando Joseba llega al primer extraplomo, le digo que haga reunión, prosigo hasta alcanzar el segundo extraplomo, también con hielo, y llego a la

verdadera en corta travesía a la izquierda, también complicada por el hielo. Dos clavijas me ayudan a instalar una segura unión. Estoy absorto en los movimientos de mi compañero, cuando aperece la bopresencia de un cuervo que parece reírse de nosotros. El sube y baja cuando quiere y como quiere, mientras que nosotros tenemos que realizar grandes esfuerzos para lograr algo «parecido». Por un instante siento envidia de él, pero luego pienso que ese cuervo está privado de esa ardua y noble lucha que proporciona la montaña y de la plena satisfacción de hollar su cumbre. Si tuviera la capacidad de pensar, creo que admiraría nuestro esfuerzo y tesón y se olvidaría de su fácil volar por el etéreo.

Prosigo en libre, una travesía corta a la izquierda, fina, de punteras y yemas, me conduce a la meta de esta vía, cuando empieza un brusco cambio de tiempo que nos hace bajar por piernas, a base de tres *rapeles*, la vía de las Viras. A las cuatro de la tarde llegamos al refugio. Seguimos solos, nadie parece inquietar la paz de esta montaña. El tiempo empeora por momentos, una manada de nubes parece querer tocar con sus garras la nieve de las montañas.

Estamos en un mundo aparte, reímos, comentamos la aventura del día, pensando en un mismo sueño: otras paredes y otras montañas nacen en nuestra mente, nuevos planes que nos llevarán a un mundo vertical y solitario, fuera de la civilización. Proyectos que igual salen bien o mal. Si lo segundo, no nos importa, pues sabemos que es un vagabundear por ese lugar que Dios ha creado y que se llama La Montaña.

Escalada realizada por:

Joseba Olaciregui, del Club Deportivo Bukagaitz y E.N.A.M. de Guipúzcoa.

Chema Múgica, del Grupo Montaña Urbaduru y E. N. A.M. de Guipúzcoa.

En temporada estival, quinto grado.